

LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA

1º PARTE:

LA ADORACIÓN COMO ATENCIÓN A LA PRESENCIA DE DIOS



Cuando los niños se portan mal, necesitan aprender una lección o simplemente necesitan tranquilizarse, los padres suelen enviarlos “a pensar”. Se envían a su cuarto para que estén solos y sin distracciones, no como un castigo sino como una ocasión para reflexionar sobre su comportamiento y, en el mejor de los casos, cambiarlo. La adoración eucarística es en ciertos aspectos como pausar “para pensar”. Este momento privilegiado no es, sin duda, un castigo por habernos portado mal sino una oportunidad para estar más atentos a la presencia fiel de Dios de muchas maneras, incluyendo su presencia en la belleza de la creación, en la bondad de los demás y en el fruto de nuestro trabajo. Es un momento para encontrarnos con Dios y aprender quiénes deseamos ser. La adoración nos permite expresar quienes somos como Cuerpo de Cristo, su presencia resucitada en el mundo de hoy. Durante la adoración alabamos a Dios, le damos gracias por todo lo que nos ha dado y le pedimos por nuestras necesidades y las de los demás. La adoración nos llama a reflexionar sobre si nuestra vida diaria refleja nuestra unión con Cristo y los valores del Evangelio e igual que al niño que “lo está pensando”, nos llama a cambiar.

La palabra adoración proviene del latín *ad* (“a”) y *orare* (“hablar, implorar, orar”). Aunque el término también se utiliza secularmente, en nuestra época la mayoría de la gente asocia la adoración con la reverencia, el sobrecogimiento y el amor a Dios. Cada vez que “hablamos” con Dios, decimos que estamos adorándolo. De hecho, la Iglesia temprana señaló que la vocación de los cristianos es rezar (adorar) siempre: “Estén siempre alegres, oren sin cesar y den gracias a Dios en toda ocasión, ésta es, por voluntad de Dios, su vocación de cristianos” (*1 Tes 5,16-18*). Podemos adorar a Dios mientras conducimos al trabajo, preparamos la cena, cortamos el césped, ayudamos a los niños con su tarea, hacemos un alto en un día agitado. Somos un pueblo bautizado en Cristo y, como tal, toda nuestra vida debe ser un acto de adoración: debemos acudir a Dios en todo momento, hablarle con nuestras obras y nuestra santidad, elevando el corazón y la mente a su presencia fiel y constante con una oración simple y espontánea.

La adoración eucarística está en el centro de lo que somos como Iglesia, como Cuerpo de Cristo, como pueblo eucarístico. Es mucho más que la devoción que se ha ido extendiendo cada vez más en la Iglesia en las últimas décadas. La adoración es parte esencial de lo que significa ser cristiano y estar unido a Cristo en el amor; es la manera de estar presentes ante Dios en todo lo que hacemos.

El impulso de la adoración eucarística estriba en nuestro llamado bautismal a unirnos a Cristo. Y nuestra unión con Cristo es lo que hace posible nuestra unión con Dios. Los cristianos consagramos nuestra vida a profundizar esta unión y nuestro amor por el Dios que nos salva y nos concede su presencia divina. Mientras más atentos estamos a la presencia de Dios (que es otra forma de describir la